

COMUNIDAD CATÓLICA SHALOM – CONGRESO DE LAS FAMILIAS

“Cómo la Iglesia ve la paternidad en *Amoris Laetitia* y en *Patris Corde*”

27 de junio de 2021

Conferencia de Su Eminencia el Cardenal Kevin Farrell

Queridas familias:

Queridos amigos de la *Comunidad Católica Shalom*:

Un cordial saludo a todos los que están siguiendo *online* el *Congreso de las Familias Shalom*. Su Congreso se enmarca en el “Año especial de la Familia” que el Santo Padre ha promulgado para realzar la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, a los cinco años de su publicación, y durante el cual celebramos también la figura de San José, con motivo del 150 aniversario de la declaración con la que el beato papa Pío IX lo declaró “Patrono de la Iglesia Universal”.

Precisamente con el trasfondo de estos acontecimientos eclesiales, me han pedido que haga una reflexión inspirada en la pregunta: “¿Cómo ve la Iglesia la paternidad en *Amoris Laetitia* y en *Patris Corde*?” Se trata de un tema muy amplio, por lo que, para ceñirme al tiempo disponible, he intentado seleccionar algunos puntos de ambos documentos que pueden ser útiles para su reflexión sobre la paternidad.

1. Redescubrir la paternidad

Comienzo con una reflexión preliminar. Dentro del ciclo de audiencias generales dedicadas a la familia, el Santo Padre Francisco se detuvo en **dos catequesis en la figura del padre**.

a) En la primera de estas catequesis, también citada en *Amoris Laetitia* en el nº 176, el Papa observaba: «Hoy se ha llegado a afirmar que nuestra sociedad es una “sociedad sin padres”. [...] En un primer momento esto se percibió como una liberación: liberación del padre-patrón, del padre como representante de la ley que se impone desde fuera, del padre como censor de la felicidad de los hijos y

obstáculo a la emancipación y autonomía de los jóvenes. A veces en algunas casas, en el pasado, reinaba el autoritarismo, en ciertos casos nada menos que el maltrato». Pero, a continuación, señaló que, con respecto a este fenómeno del autoritarismo, que para las sociedades occidentales es ya cosa del pasado, en nuestros días nos hemos ido al extremo opuesto, y explicó: «El problema de nuestros días no parece ser ya tanto la presencia entrometida de los padres, sino más bien su ausencia, el hecho de no estar presentes. Los padres están algunas veces tan concentrados en sí mismos y en su trabajo, y a veces en sus propias realizaciones individuales, que olvidan incluso a la familia. Y dejan solos a los pequeños y a los jóvenes». Y añadió esta exhortación: «En este camino común de reflexión sobre la familia, quiero decir a todas las comunidades cristianas que debemos estar más atentos: **la ausencia de la figura paterna** en la vida de los pequeños y de los jóvenes produce lagunas y heridas que pueden ser incluso muy graves» (*Audiencia general*, 28 de enero de 2015).

Así que el Papa dice claramente que la ausencia de padres es perjudicial para los niños y deja en ellos heridas que pueden marcar toda su existencia. En *Amoris Laetitia* se explica además que esta ausencia puede adoptar diversas formas: «física, afectiva, cognitiva y espiritual», y al final, «priva a los niños de un modelo apropiado de conducta paterna» (AL 55). Estas dolorosas observaciones del Papa sobre la “ausencia de padres” nos ayudan a comprender la urgencia de redescubrir la figura del padre y, me atrevo a decir, el “carisma de la paternidad”, para que todos los padres estén realmente presentes en sus familias y desempeñen el papel que la Providencia les ha asignado en beneficio de sus hijos.

b) En la segunda catequesis dedicada a la figura del padre, el Papa, partiendo de un texto de los Proverbios (*Prov* 23,15-16), subrayó que **la alegría de un padre** no viene de ver a su hijo como un igual, sino de notar que el hijo ha adquirido un corazón sabio. El Papa, inspirado en el texto bíblico, trata de imaginar cómo le hablaría un padre maduro a su hijo y escribe estas hermosas palabras: «Esto es lo que quise dejarte, para que se convirtiera en algo tuyo: el hábito de sentir y obrar, hablar y juzgar con sabiduría y rectitud. Y para que pudieras ser así, te enseñé lo que no sabías, corregí errores que no veías. Te hice sentir un afecto profundo y al mismo tiempo discreto, que tal vez no has reconocido plenamente cuando eras joven e incierto. Te di un testimonio de rigor y firmeza que tal vez no comprendías, cuando hubieses querido sólo complicidad y protección. Yo mismo, en primer lugar, tuve que ponerme a la prueba de la sabiduría del corazón, y vigilar sobre los excesos del sentimiento y del resentimiento, para cargar el peso de las inevitables incomprensiones y encontrar las palabras justas para hacerme entender. Ahora —sigue el padre—, cuando veo

que tú tratas de ser así con tus hijos, y con todos, me emociono. Soy feliz de ser tu padre» (*Audiencia general*, 4 de febrero de 2015).

El papa Francisco añade seguidamente que «**un buen padre sabe esperar y sabe perdonar**». En la conocida parábola del “hijo pródigo”, de hecho, quien espera en la puerta de la casa al hijo que se ha perdido es el padre (¡no la madre!), y el Papa dice que ésta es una tarea que corresponde a todos los padres que, después de haber hecho todo lo posible por educar a sus hijos, no pueden evitar que a veces se equivoquen o incluso se pierdan, y por eso, en estos casos, deben saber “rezar y esperar con paciencia, dulzura, magnanimidad, misericordia” mientras esperan el regreso de sus hijos. A continuación, el Papa añade estas conmovedoras palabras: «Los hijos necesitan encontrar un padre que los espera cuando regresan de sus fracasos. Harán de todo por no admitirlo, para no hacerlo ver, pero lo necesitan; y el no encontrarlo abre en ellos heridas difíciles de cerrar» (ibíd.).

El padre, por lo tanto, sabe esperar y perdonar, sin embargo, dice el Papa, también **es capaz de «corregir con firmeza»**, porque «no es un padre débil, complaciente, sentimental». Sin embargo, esto debe hacerse con sabiduría y prudencia porque, continúa explicando el Papa, un padre debe saber «corregir sin humillar», en el sentido de que su deseo es corregir los errores y erradicar el mal que ve en las acciones de sus hijos, pero siempre preservando su dignidad, es decir, sin disminuir nunca su valor como personas y sin herir nunca su autoestima.

Son indicaciones preciosas que nos da el Papa e invito a todos a releer y meditar estas hermosas catequesis sobre el Padre.

2. La paternidad en *Amoris Laetitia*

Consideremos ahora algunos aspectos de la paternidad que se destacan en *Amoris Laetitia*.

a) En primer lugar, el Papa recuerda que no es bueno para los hijos que **los padres renuncien a su papel** y se presenten como personalidades débiles que no ofrecen a sus hijos ninguna orientación clara en la vida; dice: «Hoy [...] los adultos son crudamente cuestionados. Ellos mismos abandonan las certezas y por eso no dan orientaciones seguras y bien fundadas a sus hijos. No es sano que se intercambien los roles entre padres e hijos, lo cual daña el adecuado proceso de maduración que los niños necesitan recorrer y les niega un amor orientador que les ayude a madurar» (AL 176).

Por ello, el Papa afirma claramente que «todo niño **tiene derecho a recibir el amor de una madre y de un padre**, ambos necesarios para su maduración

íntegra y armoniosa» (AL 172), puesto que, explica, la madre y el padre «muestran a sus hijos el rostro materno y el rostro paterno del Señor». Con estas palabras, el Papa recuerda que la plena maduración de los hijos requiere tanto la forma del amor femenino como la forma del amor masculino, que, de manera diferente pero complementaria, expresan el “rostro del Señor”. Después (cf. AL 172) describe brevemente lo que es específico de estas dos formas de amar: es útil reflexionar sobre ellas porque a partir de su comparación podemos comprender mejor lo que es propio de la paternidad.

b) Comencemos por la **madre**.

La madre tiene la tarea fundamental de hacer sentir a sus hijos que son aceptados incondicionalmente, independientemente de sus capacidades y de su “rendimiento”. La cercanía física de la madre, sus gestos, sus ademanes, su sensibilidad femenina, dicen, al fin y al cabo, a cada niño: “Eres importante para nosotros, y siempre lo serás. Tu vida es una alegría para nosotros. Te mereces nuestro afecto”. Esta experiencia es fundamental, porque todo ser humano necesita tener la íntima certeza de su propio valor y dignidad, que proviene del hecho mismo de haber venido al mundo, es decir, si se puede decir así, sin tener que “ganarse el derecho a existir”. De lo contrario, se corre el riesgo de que, en el fondo del alma, nos acompañe durante toda la vida la duda lacerante que se expresa en las preguntas: “¿Valgo algo? ¿El hecho de que esté aquí, de que exista, es importante para alguien? ¿Los demás me quieren por lo que soy o sólo valgo si puedo demostrar que puedo hacer algo? ¿Sólo si ‘produzco’ cosas útiles para los demás?” En otras palabras, “¿los demás me aman, o sólo aman mis buenas obras?”.

Estas sencillas reflexiones nos hacen comprender que el amor materno es un don que viene directamente de Dios precisamente para disipar estas dudas y reconciliarnos con nuestra existencia. A través del amor materno, de hecho, los niños perciben que son bien queridos, que su ser, su existencia es deseada y apreciada por alguien y, por lo tanto, está revestida de positividad, incluso antes de que puedan hacer obras dignas de elogio o puedan satisfacer las expectativas de los demás. Escuchemos las palabras del Papa: «La madre, que ampara al niño con su ternura y su compasión, le ayuda a despertar la confianza, a experimentar que el mundo es un lugar bueno que lo recibe, y esto permite desarrollar una autoestima que favorece la capacidad de intimidad y la empatía» (AL 175).

c) Pasemos ahora a la figura del **padre**.

Toda persona, para madurar plenamente como persona y poder afrontar la vida, necesita no sólo un amor acogedor que la conforte y confirme su autoestima, sino también **un amor que la proyecte hacia fuera**, es decir, “más allá” de la relación

tranquilizadora establecida con la madre y la familia, y “fuera” del nido cálido del hogar. Si la vida fuera sólo “acogida” y “ternura”, el riesgo podría ser el de recostarse y vivir para siempre “en los brazos de la madre”, ¡sin llegar a ser adultos! El padre, por tanto, es quien dice a su hijo o hija: “precisamente porque vales y porque te queremos, confiamos en que puedas llevar a cabo las tareas que te encomendamos y afrontar los retos que la vida te plantea”. El padre, sobre la base de la confianza y la seguridad que transmite a su hijo o hija, puede hacerles dar poco a poco los distintos pasos necesarios hacia la autonomía, diciendo a cada uno de ellos, en el momento oportuno: “es bueno que te relaciones con los demás y tengas tus propias amistades”; “ha llegado el momento de que aprendas a ir a la escuela por tu cuenta”; “a partir de ahora también puedes ayudar a hacer algún trabajo para la familia”; “puedes y debes elegir tus preferencias en los estudios y enfrentarte a las pruebas de los exámenes”; “a partir de ahora puedes y debes aprender un trabajo”; “a partir de ahora puedes empezar a ganarte la vida”, etc.

Además, el padre tiene la importante función de poner límites a los hijos. El niño, de hecho, en la intensa relación con su madre que experimenta en los primeros años de vida, al ser siempre satisfecho por ella en sus necesidades primarias, piensa inconscientemente que todo se debe a él y que, en el fondo, ¡es el “centro del universo”! El padre, pues, tiene la delicada tarea de introducir a sus hijos en el sentido de los límites. Con su presencia, con sus palabras, es como si les dijera a sus hijos: “no se puede esperar todo en cualquier momento, hay reglas que seguir, hay horarios que respetar, hay responsabilidades que asumir, hay cosas que hacer por los demás (¡no sólo cosas que los demás deben hacer por ti!)”, etc. Sobre lo dicho, escuchemos de nuevo las palabras del Papa: «La figura paterna, por otra parte, ayuda a percibir los límites de la realidad, y se caracteriza más por la orientación, por la salida hacia el mundo más amplio y desafiante, por la invitación al esfuerzo y a la lucha. Un padre con una clara y feliz identidad masculina, que a su vez combine en su trato con la mujer el afecto y la protección, es tan necesario como los cuidados maternos» (AL 175).

d) Así, el padre no teme presentar los límites de la vida a sus hijos y “empujarlos” en cierto sentido hacia el mundo exterior; además, dice el Papa, combina una «clara y feliz identidad masculina... **el afecto y la protección en su trato con la mujer**». Este último detalle también es muy importante, especialmente para los hijos. De hecho, más que de los discursos, aprenden el respeto a las mujeres precisamente de la forma en que su padre se relaciona con su madre. Este será el ejemplo y el modelo que permanecerá en el corazón de un hijo y que guiará sus futuras relaciones de amistad y afecto con las mujeres y sobre todo su futuro vínculo conyugal con su esposa. Por ello, es más importante que nunca que sea del padre de quien los hijos aprendan el cuidado, el respeto, el

reconocimiento de la dignidad y el papel insustituible de la mujer en la familia y en la sociedad.

Para resumir en pocas palabras las dos formas diferentes de amor parental, se podría decir: el amor femenino es acogedor y protector, el amor masculino es exigente y se enfrenta a los retos de la vida. Como ya hemos mencionado, el Papa cree que las dos formas de amor reflejan características diferentes del amor de Dios. Él dice: «Ambos, varón y mujer, padre y madre, son cooperadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes. Muestran a sus hijos el rostro materno y el rostro paterno del Señor» (AL 172). Así, también Dios es a veces acogedor, protector y misericordioso con nosotros, como una madre, pero otras veces, como un padre, nos pone límites o nos empuja a dejar nuestra tierra y nuestras seguridades y a emprender caminos hasta ahora desconocidos (como hizo con Abraham y Moisés).

e) **Los roles materno y paterno son**, por lo tanto, **igualmente importantes** y, vuelve a decir el Papa: «padre y madre [...], juntos enseñan el valor de la reciprocidad, del encuentro entre diferentes, donde cada uno aporta su propia identidad y sabe también recibir del otro. **Si** por alguna razón inevitable **falta** uno de los dos, es importante **buscar algún modo de compensarlo**, para favorecer la adecuada maduración del hijo» (AL 172). Aquí radica el importante papel de la Iglesia y, en concreto, de los grupos y comunidades eclesiales: aquellos jóvenes que han sufrido la falta de figuras paternas significativas o incluso negativas pueden encontrar en las comunidades eclesiales personas generosas e iluminadas que pueden actuar como sus padres y ayudarles en su camino de crecimiento.

f) Un último aspecto que me gustaría extraer de Amoris Laetitia es la apelación del Papa a la **“cercanía” de los padres**. Por un lado, esto es indispensable porque la ausencia de los padres en las familias crea vacíos emocionales y hace que los niños se sientan inseguros, pero, por otro lado, la cercanía no debe convertirse en un control opresivo sobre los niños. El Papa dice: «Dios pone al padre en la familia para que, con las características valiosas de su masculinidad, sea cercano a la esposa, para compartir todo, alegrías y dolores, cansancios y esperanzas. Y [para] que sea cercano a los hijos en su crecimiento: cuando juegan y cuando tienen ocupaciones, cuando están despreocupados y cuando están angustiados, cuando se expresan y cuando son taciturnos, cuando se lanzan y cuando tienen miedo, cuando dan un paso equivocado y cuando vuelven a encontrar el camino; padre presente, siempre. Decir presente no es lo mismo que decir controlador. Porque los padres demasiado controladores anulan a los hijos. [...] No es bueno que los niños se queden sin padres y así dejen de ser niños antes de tiempo» (AL 177).

3. La paternidad en *Patris Corde*

Consideremos ahora la *Patris Corde* que nos lleva a reflexionar sobre la paternidad a través del “espejo” de San José. Recojo y desarrollo libremente algunos aspectos de la personalidad y la figura de San José que se esbozan en el documento.

a) En primer lugar, me gustaría hacer una observación preliminar. Sabemos que José fue para Jesús un padre “putativo”, o si se quiere, Jesús fue para José un “hijo adoptivo”. Si lo pensamos bien, esta situación es común a todos los padres. Ser madre, de hecho, es natural: es la propia naturaleza la que crea un vínculo físico, psicológico y emocional entre madre e hijo a través de la concepción, la gestación, el parto, la lactancia, etc. En cambio, ser padre (¡y esto también se aplica a los padres biológicos!) no es el resultado de un vínculo físico y natural, sino el resultado de una elección libre. Es el resultado de la aceptación de una misión, de una tarea paternal que no se da por supuesta. El padre, es decir, tras el nacimiento del hijo, debe “hacer suyo” el destino del niño, debe “hacerse cargo” de su vida, de su maduración, de su conversión en adulto. Si no existe esta opción, el hombre se arriesga a ser “progenitor” pero sin llegar a ser “padre”. El hijo, por tanto, pertenece “naturalmente” a la madre que lo lleva en su vientre, mientras que “se convierte” en hijo del padre sólo si éste asume la responsabilidad de educarlo. En este sentido, decía que todo padre, como San José, debe “adoptar” a su hijo, porque tarde o temprano, si quiere ser verdaderamente padre, debe aceptar tomar en serio la vida de su hijo y el desarrollo de su identidad. El Papa lo explica bien con estas palabras: «**Nadie nace padre, sino que se hace.** Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejerce la paternidad respecto a él» (PC 7).

Esto es exactamente lo que hizo San José. Se “hizo cargo” del hijo que le fue confiado y le enseñó sobre todo la vida práctica. Fue él quien enseñó a Jesús a leer y escribir (*Lc 4,17s.*; *Jn 8,6.8*), quien le enseñó el oficio de carpintero (*Mt 13,55*), quien le enseñó las cosas más sencillas de la vida como encender un fuego y cocinar (*Jn 21,9*).

Pero José también “tomó a pecho” la educación religiosa de Jesús: lo hizo circuncidar (*Lc 2,21*); lo presentó en el Templo (*Lc 2,22-24*); todos los años lo llevaba con él a Jerusalén para la Pascua (*Lc 2,41*); hizo que el Jesús de doce años celebrara algo parecido a lo que ahora es para los judíos el rito del bar *mitzvah* (“hijo del precepto”), es decir, el momento en que un muchacho se convierte en miembro de pleno derecho de la comunidad judía y comienza para él el compromiso personal de observar los preceptos de la Torá.

Todo esto lo podemos aplicar a los hombres casados, que no pueden permanecer distantes y relegar todo a las madres, sino que deben ocuparse no sólo del bien físico sino también del espiritual de sus hijos. Y vale también para los padres espirituales, los pastores de la Iglesia, porque también ellos no pueden permanecer alejados de las personas, limitándose al papel de “funcionarios religiosos”, sino que deben asumir una verdadera y propia paternidad hacia los fieles, también ellos deben “hacerse cargo” de las necesidades de sus hijos espirituales, de su crecimiento interior, del bien de sus almas. Sólo así su ministerio será fructífero.

b) Además, como todo padre, José tiene la tarea de servir de modelo a su hijo. En primer lugar, porque todo hijo, para madurar como persona, necesita una figura digna, fiable y con autoridad con la que pueda identificarse. Y también porque la paternidad humana para todo ser humano es el “camino” hacia la paternidad divina. Esto significa que, de ordinario, llegamos a reconocer la paternidad de Dios, partiendo de modelos humanos, porque transferimos a Dios la experiencia de los padres terrenales que hemos tenido. Por eso es muy importante que todos los hijos tengan experiencias positivas de sus padres terrenales, porque así será más fácil que lleguen a conocer al “Padre celestial”, que es el punto de llegada de todo camino cristiano. Ciertamente podemos decir que José fue para Jesús un claro reflejo de la paternidad divina y un modelo ejemplar de padre. Esto aparece desde muchos aspectos. Mencionaré algunos.

José es un modelo de esposo, de padre, de trabajador, de hombre que concilia la dimensión contemplativa con la acción, de santificación de la vida cotidiana (cf. PC 6).

Para Jesús, José es un modelo de obediencia a la voluntad de Dios (cf. PC 3). Cuando Dios se le manifiesta en sueños y le comunica su voluntad, José obedece con prontitud, sin anteponer “sus” planes personales. El Papa dice: “En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su *fiat*, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní” (PC 3). Muchas veces en el Evangelio escuchamos a Jesús decir: “He venido a hacer la voluntad de mi Padre” (p. ej., en *Jn* 6,38-40). Podemos pensar que Jesús vio esta actitud perfectamente encarnada en José, su padre “terrenal”.

José, para Jesús, es un modelo de humildad y mansedumbre y de aceptación de las amarguras de la vida (cf. PC 4): aceptó sin rencor los rumores sobre María que debían circular en las pequeñas aldeas de Galilea, aceptó con humildad la mala acogida en Belén durante los días del nacimiento, tuvo que sufrir la persecución de Herodes, aceptó con mansedumbre la vida de exiliado en Egipto, lejos de su patria. Así que, incluso cuando Jesús dice: «Carguen sobre ustedes mi yugo y

aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio» (*Mt 11,29*), podemos pensar que es una actitud que vio perfectamente encarnada en José.

José fue para Jesús un modelo de acogida amorosa, hasta el punto de que el Papa lo describe como un “padre en la ternura”: acogió a este hijo que no era suyo, no de manera formal y distante, sino con afecto, dedicación y ternura, y lo mismo hizo con María (cf. PC 2). También encontramos este rasgo de su padre terrenal en Jesús. Acogió con amor a sus discípulos, a los pobres, a los pecadores y a todos los que se acercaban a él, y por eso exclamó con dolor ante el rechazo de muchos: «¡Jerusalén, Jerusalén... cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste!» (*Mt 23,37*).

José es un modelo de cumplimiento fiel de su misión, sin echarse atrás, hasta el final. Sabe que ha recibido de Dios la tarea de “tomar consigo al niño y a su madre” y con perseverancia y tenacidad la lleva a cabo, dedicándose por entero a la protección y al cuidado de Jesús y de María, sin vacilar y sin lamentar una vida que podría haber sido diferente. Podemos pensar, por tanto, que la entrega sin reservas de Jesús a su misión de instaurar el Reino de Dios es también un rasgo de la personalidad y el carácter de san José asumido por Jesús, como señala el Papa en este pasaje: «En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn 4,34*). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia y se hizo “obediente hasta la muerte [...] de cruz” (*Flp 2,8*)» (PC 3).

Hemos subrayado el hecho de que los rasgos ejemplares que vemos en José se encuentran también en Jesús, porque todo hijo aprende de su padre y, en cierto sentido, lo imita. Estos rasgos del carácter y la personalidad de San José son de gran importancia para todo padre. Sería bonito que todos los padres fueran para sus hijos modelos de esposos amorosos, de trabajadores que santifican su vida cotidiana con su trabajo, de obediencia a la voluntad de Dios, de fortaleza en las pruebas, de aceptación y ternura, de cumplimiento fiel de su misión.

c) Otra reflexión: José es **un hombre libre de toda forma de amor posesivo**. Podemos observar que el ángel se dirige a él diciendo: «Levántate, toma al niño y a su madre [...] Herodes va a buscar al niño para matarlo» (*Mt 2,13.14*; lo mismo en *Mt 2,20*). El ángel llama a Jesús “el niño”, no “su hijo”. José no tiene ninguna posesión sobre este niño, no es “suyo”. Educa, ama, acoge lo que no ha engendrado, manteniendo de alguna manera la distancia.

Esto es muy importante para todo padre. Incluso un padre biológico no puede “apropiarse” de sus hijos, no puede pretender, por ejemplo, que sus hijos realicen sus aspiraciones a toda costa (¡me gustaría que mi hijo fuera ingeniero, médico, abogado!). Un padre no quiere situarse a toda costa en el centro de los afectos e intereses de sus hijos, sino que sabe amarlos, apoyarlos y guiarlos y, al mismo tiempo, sabe “mantenerse a distancia”. Esto se aplica tanto al padre como a la madre: al fin y al cabo, cada hijo es una vida que Dios ha “confiado” a los padres, pero de la que no son dueños. Cada persona, de hecho, pertenece en última instancia a Dios.

La *Patris Corde* nos hace comprender que esta “libertad de posesión” que caracteriza a San José está estrechamente ligada a su castidad, como explica el Papa con estas hermosas palabras: «La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida» (PC 7).

d) Una última reflexión útil para nuestro tiempo. José es **el hombre de la discreción**. En la *Patris Corde* retomamos la evocadora imagen utilizada por un escritor que define a San José como “sombra del Padre”. El Papa explica: «José es para Jesús la sombra del Padre celestial en la tierra» (PC 7). José, por tanto, es la “sombra” de Dios Padre, pero al mismo tiempo, él mismo “permanece en la sombra”. En el relato de la visita de los Reyes Magos se dice que ellos: «al entrar en la casa, encontraron al niño con María, su madre, y postrándose, le rindieron homenaje» (Mt 2,11). Los Reyes Magos ni siquiera notan la presencia de José. José fue una figura fundamental para Jesús, para María y para toda la historia de la salvación, y, sin embargo, incluso durante su vida terrenal, es como si hubiera permanecido invisible. Nadie se fija en él. ¡Nadie aprecia sus cualidades! En los Evangelios no consta ni una sola palabra pronunciada por él. Sólo algunos de los más humildes parecen fijarse en él. En el Evangelio de Lucas, de hecho, se dice que los pastores «encontraron a María, a José y al recién nacido» (Lc 2,16). Para la gente más importante, para sus propios paisanos de Belén, casi no existe, sólo los pobres notan su presencia. Toda la misión de José se desarrolla en este silencio, en esta sombra. Todo lo que José hace, lo hace por obediencia a Dios, no para ser alabado por alguien. Y no se queja de este silencio. El Papa dice: «Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza» (PC 7). José

hace lo que Dios le ha dicho que haga y se contenta con la complacencia secreta de Dios y la aclamación de su conciencia. No va en busca de nada más.

Todo esto es muy importante para nosotros en la cultura en la que estamos inmersos. En la ocultación de José vemos el carácter de un verdadero padre y de un verdadero hombre. Hoy, sin embargo, parece que todo el mundo tiene una necesidad desesperada de aparecer, de ser visto, de recibir aplausos. Todo lo que se hace, incluso lo más trivial, parece que tiene que aparecer inmediatamente en *Facebook*. Si algo no aparece en las redes sociales, es como si no existiera. Parece que, si alguien no recibe suficientes *likes*, ¡no cuenta como persona! San José es realmente el antídoto más eficaz contra esta forma enferma de narcisismo. Un verdadero padre cumple con su deber y se sacrifica porque es lo que exige el bien de sus hijos y lo que Dios le pide que haga, y permanece fiel a su misión de esposo y padre toda su vida, aunque nadie se fije en él y nadie se dé cuenta de todo el bien que ha hecho.

Conclusión

Queridos amigos, espero que estas sencillas reflexiones puedan ser de alguna ayuda para la gran misión que les espera a todas las familias que forman parte de la *Comunidad Shalom*, especialmente a los padres y, junto a ellos, a sus esposas e hijos.

Pido al Señor que sus familias sean imágenes vivas de la Sagrada Familia de Nazaret, donde cada nueva vida que viene al mundo y que se les confía encuentre el lugar adecuado para crecer y abrirse a los planes de santidad que Dios tiene para cada uno de nosotros.

Gracias y que Dios les bendiga.